

se cultiva igualmente el algodón, que da un producto muy fino, superior según los entendidos al que proporcionan los países algodoneros de más fama.

La viña es cultivada principalmente en las provincias de Mendoza y San Juan, que ofrecen para esta planta buenas condiciones de clima y de suelo. Además, los canales de irrigación que existen en las citadas provincias la defienden de la sequía. Es indudable que fuera de ellas la viña puede prosperar igualmente. Existen viñedos, aunque de menor importancia, en La Rioja, Catamarca, Salta y Entre Ríos. Las tierras del valle de Río Negro son también muy adecuadas para este cultivo.

La ganadería tiene sus principales centros en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, en el Sud de la de Córdoba y en una gran parte de la Pampa. En el extremo Sud, cerca de los lagos de la Cordillera, aumenta considerablemente el pastoreo de ovejas, formando importantes colonias ganaderas.

La agricultura argentina es importantísima y merece grandes elogios por los progresos que ha realizado en pocos años; pero como todas las obras humanas, no está exenta de graves defectos. El más principal consiste en la forma que ofrece la propiedad.

Un autor de notables estudios estadísticos, el escritor argentino D. Alberto B. Martínez, ataca en varios libros esta constitución de la propiedad como una de las rémoras que dificultan el progreso del país.

«La Argentina — dice este autor — se halla aún, desde el punto de vista de la constitución de la propiedad agrícola, en un estado primitivo, casi feudal, en razón de la extensión enorme de tierras, que se hallan acaparadas por un pequeño número de poseedores. Éstos las utilizan unas veces para la ganadería, formando los establecimientos llamados «estancias», y otras para explotaciones agrícolas; pero en los más de los casos dejan improductivo el suelo, esperando que el tiempo y el progreso económico del país vengan á darle un valor que su propio esfuerzo es incapaz de imprimirle.

»Las «estancias», que forman el sistema más peneralizado de la explotación del suelo, ocupan superficies que varían entre 5.000 y 75.000 hectáreas. Algunas hay que llegan á tener 175.000 hectáreas (¡68 leguas cuadradas!). Muchas de ellas están situadas á pocas horas de la ciudad de Buenos Aires y tocan á los límites de centros urbanos importantes. Tales extensiones de tierras, consagradas á la ganadería y pertenecientes á simples particulares, no se explican ni se conciben en las naciones europeas, donde los dominios privados están muy subdivididos, ni aun en un país nuevo y de inmensa superficie, como los Estados Unidos de la América del Norte, donde más de una mitad de las tierras cultivadas se dividen en granjas menores de 40 hectáreas, pues las mayores de 400, que sirven á la vez al cultivo y la ganadería, forman excepción, siendo el término medio de las explotaciones unas 55 hectáreas.

»Fácil es comprender, sin que haya necesidad de larga demostración, cómo este estado de cosas contribuye á retardar el progreso general del país. Igualmente se da uno cuenta de que para realizar este progreso hay, ante todo, que obtener un crecimiento de la población extranjera, atrayéndola al campo con el estimulante de que puede adquirir en él pequeñas propiedades.»

Realmente, es la defectuosa constitución de la propiedad el obstáculo principal con que ha tropezado la producción agrícola argentina. El acaparamiento de la tierra por un reducido número de personas y el establecimiento del extenso latifundio, constituyen un régimen odioso y peligrosísimo. Con razón un diputado argentino, al combatir esta concentración de la propiedad del suelo en muy contadas personas, recordaba la decadencia de naciones más vigorosas

y mejor organizadas que la República del Plata, repitiendo el grito de alarma de los Gracos en Roma: «*Latifundia perdidere Italiam et provincias.*»

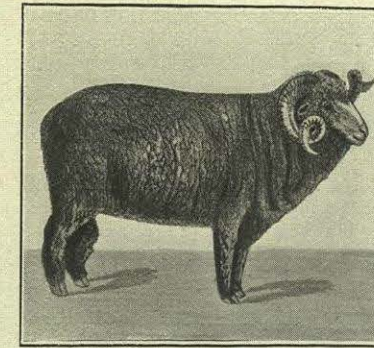
Según ciertos cálculos estadísticos, existen en los territorios nacionales más de siete millones de hectáreas de buenas tierras explotables; pero pertenecen á capitalistas indolentes ó egoístas que las tienen sin cultivar, inútiles por completo para el crecimiento de la población y la producción, esperando que aumente su precio para vendérselas á otros, que á su vez volverán á revenderlas sin tocarlas ni conocerlas, lo mismo que si fueran un valor de Bolsa.

Los principales responsables de este anormal estado de la propiedad son los gobiernos argentinos, que han derrochado el rico tesoro de tierras públicas, recibido en herencia de la dominación española. Este tesoro, en vez de pasar íntegro á la nación, ha quedado en manos de una reducida clase de grandes propietarios, honrada, pero indolente, ó pertenece á explotadores sin conciencia, que venden y revenden la tierra y la hacen objeto de toda clase de combinaciones y actividades, menos de aquello á que está destinada, pues jamás se ocurre cultivarla.

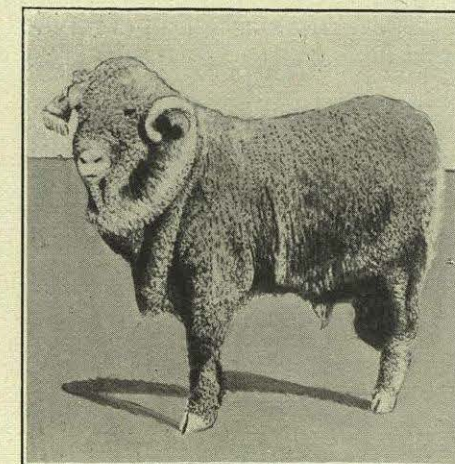
La conveniencia del país exige la subdivisión de las grandes superficies de suelo que se hallan en poder de unas cuantas personas. Con esta medida llegará la agricultura platense al mayor de sus progresos. Si las grandes estancias de veinte leguas cuadradas, con rebaños incontables, se dividen en pequeñas estancias de una, dos ó tres leguas cuando más, con un número menor de reses y el suelo cultivado de pastos artificiales, se realizará un gran beneficio para el país, acrecentándose su

riqueza, pues podrán vivir mayor número de animales y mejor cuidados en menos terreno. El sistema extensivo que se ha seguido, tanto en agricultura como en ganadería, debe ser reemplazado por el intensivo, convirtiéndose las estancias actuales en estancias mixtas, mezcla de agricultura y ganadería. Esto exige más brazos, es cierto, pero da mejores resultados para el propietario y para el país.

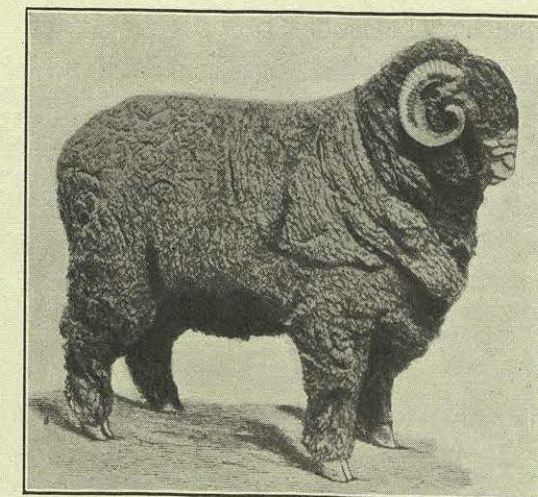
Los gobernantes actuales de Argentina se han preocupado mucho de esta cuestión de la propiedad agrícola. Desde hace algunos años el Estado tiende al fraccionamiento de la propiedad. La ley de tierras promulgada en 1903, combate el acaparamiento, pues reglamenta las nuevas compras de terrenos pertenecientes al Estado y pone límites á la adquisibilidad de cada individuo. Esta ley era muy necesaria, ya que aún le quedan á la nación argentina, como propiedad pública, 86 millones de hectáreas



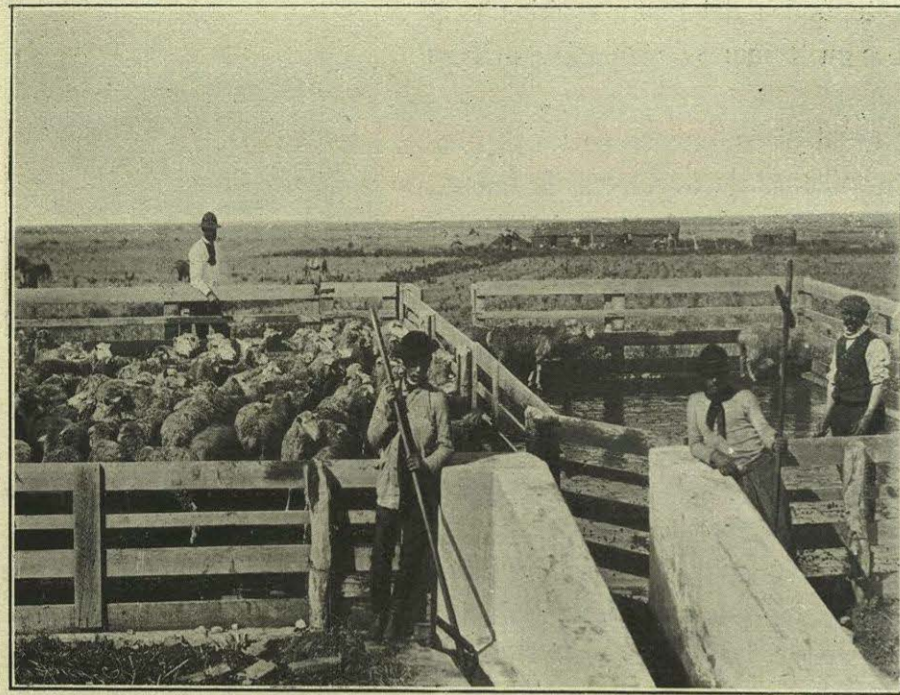
EVOLUCIÓN DEL RAMBOUILLET ARGENTINO (Carnero de 1858).



SEGUNDA EVOLUCIÓN DEL RAMBOUILLET ARGENTINO (Carnero de 1875).



ÚLTIMA EVOLUCIÓN DEL RAMBOUILLET ARGENTINO (Carnero de 1909).



BAÑO DE OVEJAS EN UNA ESTANCIA

de tierras desiertas, aptas para la agricultura, que esperan ser cultivadas y pobladas.

El modo de explotar los campos argentinos varía según la situación de éstos, su fertilidad y sobre todo según los medios de comunicación. La agricultura propiamente dicha se desarrolla cerca de las grandes vías fluviales y terrestres, que aseguran el rápido transporte de las cosechas. Los productos más generalizados (trigo, maíz, etc.), no pueden soportar, por el precio que alcanzan, un gasto de transporte superior á 300 kilómetros de ferrocarril hasta el lugar de embarque ó de consumo, y 30 kilómetros desde la estancia ó granja hasta la estación de la vía férrea más próxima. Solamente las cosechas que consiguen un precio alto (vino, azúcar, etc.), llegan á resistir el transporte á largas distancias, pues aquél compensa todos los gastos.

La región Central, ó sea la de los cereales, es la que tiene más dividida la propiedad, calculándose que, de sus cultivadores, un 32 por 100 son propietarios y un 68 arrendatarios de la tierra ó medianeros, que se reparten la cosecha con el dueño del campo.

De todos los grandes cultivos argentinos, el que en estos momentos predomina, siendo objeto de preferente atención, es el forraje llamado alfalfa. La rápida generalización de este cultivo nada tiene de extraordinaria en un país de riqueza ganadería tan enorme.

La alfalfa es una de las plantas más modernas de la Argentina. En 1775, el Dr. Pérez Castellano, hombre de ciencia que vivía en Montevideo, publicó un libro de *Agricultura*, en el cual hacía atinadas observaciones sobre el cultivo de la alfalfa — forraje importado por los árabes en España, especialmente en Valencia y otras provincias del litoral mediterráneo —, prediciendo el gran porvenir que esperaba á esta planta en las tierras del Río de la Plata. Pero transcurrieron muchos años antes de que pudieran cumplirse las profecías formuladas por este sabio de la época colonial. En 1890 tuvo ya la Argentina 600.000 hectáreas cultivadas de alfalfa. En estos momentos tal vez ascienden á más de dos millones y medio las hectáreas de suelo argentino dedicado á tal forraje.

Con dos fines se cultiva la alfalfa: para la exportación en forma de pasto seco, ó para la alimentación inmediata del ganado. De aquí que se la explote de dos maneras: ó segándola para enfardarla y exportarla, ó dejando que los animales pasten sobre el mismo campo. Lo primero ocurre en las granjas, y lo segundo en las estancias.

Los alfalfares de exportación están en las cercanías de las estaciones de vía férrea, hasta cierta distancia de los puntos de embarque ó de consumo. La siega de la alfalfa, el secarla y amontonarla, son operaciones que duran desde Octubre á Marzo, y el resto del año

de tierras desiertas, aptas para la agricultura, que esperan ser cultivadas y pobladas.

El modo de explotar los campos argentinos varía según la situación de éstos, su fertilidad y sobre todo según los medios de comunicación. La agricultura propiamente dicha se desarrolla cerca de las grandes vías fluviales y terrestres, que aseguran el rápido transporte de las cosechas. Los productos más generalizados (tri-

go, maíz, etc.), no pueden soportar, por el precio que alcanzan, un gasto de transporte superior á 300 kilómetros de ferrocarril hasta el lugar de embarque ó de consumo, y 30 kilómetros desde la estancia ó granja hasta la estación de la vía férrea más próxima. Solamente las cosechas que consiguen un precio alto (vino, azúcar, etc.), llegan á resistir el transporte á largas distancias, pues aquél compensa todos los gastos.

lo emplean los agricultores en el embalaje, formando sólidos fardos empaquetados con cercos de hierro, operación para la que se valen de una prensa movida por caballos. La alfalfa ofrece las ventajas de que una siembra sirve para un buen número de años y de que se puede segar el forraje varias veces en el mismo año. Pero la gran zona de este cultivo, los alfalfares más grandes, están en las estancias dedicadas á la cría y engordamiento de rebaños bovinos. Los hay de todas las extensiones, desde pequeños alfalfares en «estanzuelas» de 100 hectáreas, hasta mares de forraje que se pierden de vista, pues tienen seis ú ocho leguas cuadradas, perteneciendo á un solo propietario.

A pesar de lo enorme de tales extensiones, puede decirse que esta planta se halla aún en la Argentina en los principios de su desarrollo. La exportación consume cada vez más alfalfa para los ganados del Brasil y el África del Sud. Algunos años su cosecha produce una ganancia casi equivalente al valor de la tierra. Su cultivo ha de aumentar aún en el territorio del Plata. Hasta hace pocos años, este país sólo era notable por su ganadería, desarrollada extensivamente sobre tierras no cultivadas: ahora se le empieza á llamar «el país de la alfalfa».

Un rasgo notable de la agricultura de la República es la facilidad con que los cultivadores adoptan todos los instrumentos modernos. Si se inventa una máquina agrícola en cualquiera nación lejana, á los pocos meses está ya funcionando en territorio argentino. Las fábricas de maquinaria del mundo entero tienen importantes sucursales en Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca.

Se dirá que la prontitud en adoptar las invenciones obedece á la necesidad de suplir con tales máquinas la falta de brazos, y algo hay de ello; pero la principal causa de este espíritu progresivo, que tanto favorece el adelanto del país, es la curiosidad por todo lo nuevo, la afición á las innovaciones, rasgo el más saliente del carácter argentino. Lo mismo los propietarios de inmensos dominios que los modestos colonos, están prontos en todas ocasiones á adoptar el más reciente y perfecto material, invirtiendo en su adquisición sumas enormes. Tal es el consumo de maquinaria agrícola y la rivalidad de los centros productores, que aquélla se vende comúnmente á plazos, como lo hacen ciertas casas con las máquinas de coser.

Si la agricultura argentina ha realizado en tan corto tiempo tales progresos, no lo debe únicamente al concurso de la inmigración europea, pues ésta ha sido insuficiente en número para operar el prodigio. El progreso es resultado, en primer término, del empleo de máquinas é instrumentos perfeccionados, que se usan hasta en las más insignificantes tareas agrícolas.



MARCANDO ANIMALES

Sólo así se comprende que una nación de seis millones de habitantes dé al consumo del mundo una cantidad tan enorme de producción. Los mejores sistemas de arados, sembradoras, niveladoras, segadoras, desgranadoras, trilladoras, máquinas todas movidas á vapor, y en las cuales se emplea como combustible las más de las veces la misma paja de las cosechas, son perfectamente conocidas y de uso corriente en los campos.

Este gran consumo de máquinas ha dado por resultado el establecimiento en la República de varias fábricas de instrumentos agrícolas, con importantes capitales y una organización tan perfecta como los mejores establecimientos de Europa.

* * *

La industria agrícola es en la Argentina de inmediatos y pingües resultados. Así se comprende que el inmigrante europeo, ganoso de trabajar la tierra, se dirija con predilección á las riberas del Plata.

Muchos que en el viejo mundo fueron pequeños industriales, oscuros empleados ó ejercieron una profesión liberal sin haber tocado jamás instrumentos agrícolas ni conocer la tierra, se dedican á cultivadores en Argentina. Yo he visto alemanes jóvenes que en su país eran médicos, dedicarse en el valle de Río Negro á la explotación de una *chacra* ó pequeña quinta. Dependientes de comercio españoles, cansados de vegetar sin esperanza tras un mostrador de Buenos Aires, se han improvisado agricultores, recordando sus aficiones de la niñez allá en la lejana aldea de la Península, y sus negocios marchan mejor que cuando medían telas ó empaquetaban comestibles.

La República tiene sitio y guarda bienestar para todos los que llegan, siempre que éstos no se detengan en las ciudades y marchen directamente en busca de los campos, que necesitan hombres.

Alberto B. Martínez, en sus estudios sobre la vida de los inmigrantes dedicados al cultivo, proporciona datos curiosos, cuya veracidad he podido comprobar al recorrer las diversas partes de la República.



MARCANDO UNA RES

En las tierras buenas de las provincias de Buenos Aires y Córdoba, y en el territorio de la Pampa, la hectárea de tierra puede dejar al colono 50 pesos, moneda nacional, ó sea 110 francos (1). Estas tierras han llegado á producir en ciertos años 2.000 kilos de trigo por hectárea, que á razón

(1) Deduzco el peso argentino en francos, por ser el franco tipo oro y no estar sujeto á variaciones del cambio, como la peseta.



UN REMATE PÚBLICO DE TOROS

de 6 pesos los 100 kilos dan por resultado 120 pesos la hectárea. Estimando los gastos del cultivo en 30 ó 40 pesos, queda un beneficio de 85, del cual hay que deducir 15 por el alquiler de la tierra; de suerte que, finalmente, le queda al agricultor una suma limpia de 70 pesos por hectárea, ó sea 154 francos.

Martínez cita el caso de una familia de cultivadores medianeros de la estación de Laboulaye, en la línea férrea de Buenos Aires al Pacífico. Explotaban una extensión de 50 á 60 hectáreas, con obligación de entregar al propietario la cuarta parte de la cosecha, trabajando además en el cuidado de las bestias los días que la tierra no reclamaba sus brazos. Esta familia ganaba al año 1.000 pesos, ó sea 2.200 francos (16 á 20 pesos por hectárea). Pero hay que tener en cuenta que esta ganancia anual era limpia de gastos, luego de haberse costado comida, vestidos, etc. La inmensa mayoría de los empleados de Europa, y aun de Buenos Aires, no conocen nunca un ahorro de esta importancia.

Pero, ¡já qué insistir en demostraciones numéricas que, indudablemente, fatigan al lector! . . . Bastará consignar el hecho de que todos los pequeños agricultores, si observan buena conducta y no se entregan á la bebida, acaban por hacerse propietarios en poco tiempo de la tierra que explotan como colonos, ó adquieren campos cercanos. No pasa año sin que la cosecha les deje lo necesario para adquirir una nueva parcela de terreno, guardando, además, el dinero preciso para los gastos de siembra y cuidado de la cosecha próxima.

En el año 1909, el cultivo de la alfalfa ha sido de un rendimiento extraordinario, por la

altura que alcanzaron los precios de este forraje. Yo he visto á algunos cultivadores en ciertas regiones sacar hasta 300 pesos por hectárea, casi el valor de la tierra, no obstante ser los campos sembrados de alfalfa de un precio extraordinario.

Una familia de inmigrantes de cuatro ó cinco personas puede cultivar perfectamente 100 hectáreas de trigo, tomando en arriendo el campo. Para los primeros gastos de su instalación (1) encontrará quien le preste lo necesario, pues Argentina es un país de crédito y hasta en el campo es fácil hallar capitales. Lo malo es que el tipo del interés resulta muy alto, comparado con el de Europa, pues se halla en relación con las ganancias que proporciona el país.

Pero no es raro encontrar ricos propietarios ó colonizadores que necesitan gente para sus territorios vírgenes de cultivo, y facilitan las herramientas, las bestias de labor, el grano para la sementera y hasta los víveres, á condición de cobrar estos adelantos cuando llegue la cosecha. Una vez la recolección terminada, se empieza por separar una cantidad de grano igual á la que entregó el dueño para la siembra, se descuentan los gastos de recolección, y luego se reparte el producto líquido de lo que queda: una mitad para el dueño del campo y otra para el colono. Así empezaron muchos extranjeros que hoy son grandes propietarios.

(1) Los gastos de instalación en el primer año pueden calcularse del siguiente modo, según Martínez, Firmin Maciel y otros concededores del país:

Dos arados	330 francos.
Instrumentos de mano	99 —
Un rulo	99 —
Una trilladora	880 —
Ocho pares de bueyes	1.408 —
Cuatro caballos	264 —
Una carreta	550 —
Arneses y cadenas	187 —
Casa, corral y pozo	2.200 —
	<u>6.017 francos.</u>

El cálculo aproximado de los gastos de cultivo y del producto de 100 hectáreas sembradas de trigo, es el siguiente:

Preparación del terreno para la siembra y gastos de un peón	440 francos.
6.000 kilos de semilla á 5 pesos los 100 kilos	660 —
Gastos de jornales para la siega y amontonamiento de la cosecha	660 —
Para un resultado medio de 1.000 kilos por hectárea, gastos de trilla á 80 centavos los 100 kilos	1.760 —
1.700 sacos ó bolsas á 20 centavos el saco	748 —
Pequeños gastos y renovación de las herramientas	550 —
Comida durante el año	1.760 —
Alquiler de la tierra, 12 por 100 del producto en bruto	1.320 —
<i>Total de gastos.</i>	<u>7.898 francos.</u>
La venta de 100.000 kilos de trigo, producto de las 100 hectáreas, calculando á 5 pesos los 100 kilos, produce	11.000 francos.
A deducir los gastos de cultura	7.898 —
<i>Beneficio limpio para el colono</i>	<u>3.102 francos.</u>

El rendimiento de 1.000 kilos de trigo por hectárea, 2.500 kilos de maíz y 900 kilos de simiente de lino, se calcula en las tierras ya cultivadas y algo cansadas. En las tierras vírgenes los resultados son mayores, pues no es raro obtener por hectárea 1.400 kilos, en cuyo caso aumentan los beneficios por 100 hectáreas en 3.000 ó 4.000 pesos.

Los inmigrantes solteros y sin capital, que por carecer de familia no pueden aspirar al arriendo de una tierra y á solicitar un crédito, emplean otro procedimiento para abrirse paso. Entran en la casa de un inmigrante ya establecido, en clase de *peón interesado*, prestando todos los servicios, desde la preparación de la tierra, que se verifica á principios de Marzo, hasta la siega del trigo ó del lino. Por esta ayuda gozan de comida y casa, y tienen, además, el 6 ó el 7 por 100 del producto bruto de las 100 hectáreas. Muchos colocan á interés este dinero, y pasados tres ó cuatro años reúnen lo necesario para adquirir los instrumentos aratorios y ser á su vez colonos. Cuando explotan por su cuenta una tierra, raro es que á los pocos años no compren campos á plazos, acabando por ser propietarios. Pueden contarse á miles los que empezaron de tal modo y siguieron su carrera pacientemente, para llegar al fin á convertirse en dueños de enormes dominios y fundadores de ricas familias. El mayor problema para el inmigrante (problema fácil, como se ve), consiste en hacerse propietario, pues una vez posee alguna tierra y la cultiva con ahinco, el éxito es, simplemente, cuestión de tiempo y de perseverancia. Su porvenir está ya asegurado: el bienestar le espera al término de sus faenas. Los beneficios líquidos se acumulan en progresión geométrica, pues es difícil que las malas cosechas ó las plagas se repitan con frecuencia.

Hay que tener presente que el colono hábil y trabajador logra sacarle á la tierra mayores productos que los enumerados. Además de la cosecha de trigo, puede obtener otra de maíz, igualmente remuneradora, y dedicarse al engorde de cerdos y cría de aves de corral, fácilmente vendibles en los centros urbanos, que ofrecen un consumo enorme.



PISTA EN LA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA (PARQUE DE PALERMO)